



## Los vendedores de almas

NARRATIVA CASTELLANO 14-16 AÑOS

Gloria María Torres Hidalgo

1<sup>er</sup> Premio

En el horizonte sólo se veía una extensión blanca e inmaculada de nieve que cubría todo el paisaje. Los árboles parecían gigantes de hielo, pero sus ramas desnudas y cubiertas por un manto de nieve les hacía parecer frágiles. El sol de invierno, que brillaba con fuerza en el cielo despejado, hacía brillar la nieve como diamantes. En el centro de este paisaje, cerca de una densa arboleda, había una pequeña cabaña de madera que parecía haber sido construida hace mucho tiempo. Sus paredes gruesas y resistentes parecían protegerla del frío, y su chimenea expulsaba un humo blanco que se perdía entre los árboles.

Dos personas con un aura misteriosa caminaban hacia la vieja cabaña dejando sus huellas en el suave manto de nieve que cubría el suelo y con unos trajes extravagantes, compuestos por unos sombreros de copa, unas gabardinas de lana pesada de un tono marrón oscuro que se iba tiñendo lentamente de blanco debido a la suave caída de nieve acumulándose en ellas, unos pantalones que se cubrían por la gabardina y unas botas negras de cuero de alta caña. Sus manos protegidas por guantes blancos sostenían dos maletines de cuero gastados por el paso de los años.

- ¿Seguro te has traído el frasco? –dijo una voz grave y calmada.
- Sí, Rubén, he traído los frascos, la aspiradora, y los pañuelos –dijo una voz de mujer ya algo cansada de responder a su acompañante.
- ¿Y el tapón del frasco?
- ¿Por qué me traería el frasco sin el tapón?
- Yo lo digo por si acaso, ya sabes que últimamente estás algo torpe –dijo el que se ha caído ya cuatro veces en la nieve.
- ¡Oye! ¡Tú misma puedes apreciar lo profunda que es la nieve a veces!
- Ya, ya –dijo la voz femenina en un evidente deseo de terminar aquella conversación.





Se palpaba la tensión en el aire. Cada uno parecía impaciente por salirse del camino del otro, pero eso formaba parte de su trabajo últimamente. Un trabajo muy peculiar, dos vendedores de almas yendo a por mercancía. Se dedicaban a robar almas a través de los ojos de sus víctimas, mayormente de gente moribunda, para venderlas en el mercado negro a gente pecadora que necesitaba un alma que ofrecer al demonio para ocupar su lugar en el infierno.

Habían oído hablar acerca de una cabaña ubicada en la cima de la montaña, habitada por una anciana de avanzada edad, cuyo tiempo en este mundo se acercaba a su fin.

El hombre abrió la puerta de la choza sin problemas, como si fuera una invitación abierta al mundo exterior. Parecía que la mujer de la cabaña se sentía segura y protegida por esas cuatro paredes y no sentía la necesidad de cerrar la puerta con llave.

La cabaña era acogedora y confortable, transportándote al entrar a una época pasada donde la vida se centraba en las necesidades más básicas. El techo era bajo y en algunos lugares se podía ver la madera negra debido a la exposición al humo de la chimenea. La luz del sol se filtraba por las ventanas. El techo estaba repleto de telarañas y el polvo recubría los muebles desgastados por el tiempo.

En una de las esquinas de la cabaña, se podía ver a una anciana de pelo plateado y fino. Su piel arrugada contaba la historia de una vida larga y plena. Parecía estar echando sus últimos alientos en una butaca de madera tallada a mano, no muy lejos de la chimenea para sentir la calidez del fuego.

La mujer se acercó lentamente a la anciana teniendo su objetivo claro y sacó una pequeña aspiradora y un frasco.

– Iris, apresúrate. Se me está enfriando el cuello y no quiero ponerme malo de la garganta – in-





sistió Rubén. –Con lo lenta que eres haciendo estas cosas puedo ir olvidándome de salir este fin de semana.

La joven le miró de reojo e ignoró sus quejidos volviendo a su trabajo. Acercó delicadamente su mano a los ojos de la señora, abriéndolos suavemente y colocando la aspiradora frente a la cara de la mujer.

Tiró de una pequeña palanca al costado de la aspiradora y un humo blanquecino empezó a salir de los ojos verdosos de la mujer, siendo este absorbido por esa especie de aspiradora mezcla de ingenio humano y de la oscuridad de otro mundo.

El humo dejó de manifestarse. Iris agarró el tarro y sumergió la boca de la aspiradora en él, tiró de nuevo de la palanca y el humo brotó de aquel artefacto, siendo atrapado por el cristal del envase. Ya expulsado todo, la mujer de la gabardina selló el frasco con el tapón.

Antes de poder meterlo en el maletín, se percató de una foto enmarcada que había detrás de ella. En un enorme escenario se destacaba una mujer de belleza incomparable, de pelo dorado y ojos verdes, vestida con un deslumbrante traje de bailarina blanco que recordaba al precioso paisaje nevado que se encontraba afuera.

Se quedó unos segundos analizándolo, fascinada por tal escena.

– Tierra llamando a Iris, ¿se encuentra aún su alma ahí dentro, señorita?

Iris reconectó con el mundo y soltó un pequeño grito ahogado, dejando caer el frasco del susto que le causó escuchar la voz de su compañero.

Inmediatamente después de la caída del cristal, se produjo un silencio total que se extendió por toda la habitación, ahora decorada con los fragmentos esparcidos.





De repente, todo se volvió blanco ante los ojos de Iris y Rubén, el aire más cálido, el ambiente más pesado.

– ¡Iris! ¿¿Dónde estás?! ¿¿Puedes escucharme?! –gritó el hombre desesperado por una respuesta de su compañera que se encontraba en shock.

De la nada, comenzó a sonar una bella melodía acompañada de un gran piano y delicados violines que se complementaban entre sí para crear una música encantadora.

Poco a poco el blanco que los cegó fue desvaneciéndose, dando a conocer una enorme sala. La sala empezaba a llenarse de una bulliciosa energía. La luz brillaba en cada rincón, iluminando a gente bailando y la atractiva vestimenta de estos. Los alegres sonidos de la música invitaban a entrar en el vals. Los asistentes unían sus almas en una fiesta de color y movimiento, sanándoles el espíritu con el latido de la música.

Mientras, Rubén, confundido, contemplaba a los invitados en silencio, Iris no pudo evitar deslumbrarse al admirar el precioso escenario que había en el fondo del gran salón.

Un grupo de bailarinas se movían elegantemente en el gran escenario repleto de luces blancas. Sus movimientos sincronizados con la música y la coreografía se complementaban entre sí para contar una historia única e inolvidable.

Entre todas ellas destacaba una figura familiar que se movía con gracia y elegancia, deslizándose entre luces y sombras con soltura y delicadeza. Cada gesto y movimiento de la bailarina era tan preciso que parecía esculpido en el aire. Su vestimenta blanca, adornada con detalles dorados, le otorgaba un aire majestuoso y noble, dando a entender sin confusiones quién era la protagonista en esa escena.





La mujer emanaba una energía positiva que inmediatamente se contagiaba al público. Mientras que algunos asistentes seguían suavemente el compás de la música, otros, incluida Iris, se quedaban mirándola cautivados por su belleza y talento innatos.

De repente, Rubén agarró de la mano a Iris, volviéndola a sacar de su mundo, esta vez sin acabar con el suelo lleno de cristales.

– Con mucho gusto y honor, la invito a bailar. ¿Le haría feliz ser mi dama esta noche? –le sonrió pícaramente Rubén, haciendo una exagerada reverencia.

Iris soltó una pequeña carcajada. A su compañero se le iluminaron los ojos, relajándose un poco al ver que la risa de la chica había aliviado un poco el malestar entre ellos.

Rubén tomó a Iris con delicadeza de la cintura y comenzaron a bailar juntos bajo los acordes del piano y los suaves arpeggios de los violines. Sus movimientos se sincronizaban perfectamente, permitiendo que la pareja se sumergiera en la magia de la melodía.

– Oye, Iris... Quería disculparme por olvidar nuestro aniversario. Tengo muchas cosas en la cabeza últimamente. He estado muy ocupado en el trabajo. Tú sabes mejor que nadie cuántos pecadores hay hoy en día en busca de la salvación, y conseguir almas tampoco es fácil –dijo Rubén apartando la mirada de los ojos de su esposa.

Iris sonrió radiantemente al oír la sincera disculpa de su esposo, consciente de lo orgulloso que era. Ella le dio un beso en la mejilla como una muestra de aceptación de sus disculpas.

El ambiente del escenario, envuelto por una atmósfera mágica y vibrante, culminaba cuando la bailarina extendía sus brazos en una reverencia perfecta, recibiendo los aplausos y ovaciones emocionadas de su público, dando así por terminada la función.





Todo se volvió blanco de nuevo. La música paró. Las voces y los aplausos del público cesaron y el ambiente volvió a ser frío, dando así por terminado el mejor recuerdo que guardaba esa vieja alma. Aparecieron de nuevo en la vieja cabaña. Los cristales estaban esparcidos por el suelo, habiendo dejado escapar las vivencias de la anciana que ya había partido para siempre.

La pareja recogió con cuidado el frasco roto, compartiendo ese momento con miradas cargadas de entusiasmo y felicidad en lugar de rencor, para más tarde seguir con su camino en busca de otra alma para vender.

